II
ECUMENISMO PASTORAL

POR UNA NAVIDAD ECUMENICA

Fr. M. GONZÁLEZ BUENO, O. P.

El misterio de la navidad —Encarnación y Nacimiento del Hijo de Dios— es *el centro* del espacio y del tiempo, del universo y de la historia. Señala el punto de intersección de lo eterno con lo temporal, del Criador con la criatura, de Dios con el hombre. Todo lo que le precede, es su preparación; y todo lo que le sigue, su consecuencia. La historia queda dividida en torno suyo en dos mitades: el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Desde toda la eternidad, Dios Uno y Trino estaba solo, en el disfrute plenamente beatificante de su infinita perfección. Cuando su amor liberal abrió libérrimamente la mano de su omnipotencia, al comienzo del tiempo, surgió de la nada, en una admirable catarata de luz y sonido, de forma y color, el universo con sus innumerables criaturas, en las que se reflejan fragmentariamente las infinitas perfecciones de su Autor.

Durante un largo período de preparación, Dios y la criatura permanecieron independientes, separados, distantes. Entre

Universidad Pontificia de Salamanca

ellos había mutuas relaciones de dependencia y causalidad; pero no había ninguna unión íntima y profunda, que los fusionara en uno. Dios era Dios, y la criatura era criatura.

Un día, sin embargo, al llegar la plenitud de los tiempos, por el amor misericordioso de Dios, que actúa con mayor libertad, el Creador y la criatura, Dios y el hombre, se hacen una sola y misma persona. Ese día venturoso, vértice del universo y de la historia, en que, al hacerse Dios hombre y el hombre Dios, se establece la síntesis, la máxima fusión entre el Creador y la criatura, es *el día feliz de navidad.*

Como los profetas, como los ángeles, como los pastores, como los magos, en este día vemos al HIJO DE DIOS HECHO TIERNO NIÑO, reposando dulcemente en los brazos amorosos de la Virgen Madre. Por eso la navidad posee un profundo sentido universal, cósmico, *verdaderamente ecuménico,* que, al celebrarla, es preciso vivir intensamente con fe confiada y dilatado corazón.

La oración por los otros.

Cristo vino a "recapitular" todas las cosas, a "pacificarlo" todo, a "reunir" a todos los hijos dispersos de Dios, hacer de todos los pueblos, de todas las razas, de todos los hombres, "un solo pueblo de Dios", "un solo Cuerpo Místico", que es la Iglesia. Siendo como la síntesis entre Dios y la creación, el "Hijo del hombre", el "Primogénito de los muertos", la "Cabeza del Cuerpo Místico", todas las cosas y todos los hombres deben quedar integrados en *su único reino.*

Pero no todos los hombres estamos *perfectamente unidos* en Cristo; aún falta mucho para alcanzar *la plena unidad* de todos en su único Cuerpo Místico, del que todos debemos ser miembros vivos.

La inmensa mayoría de los hombres actuales *no son cristianos.* No han recibido ni la fe en Cristo, ni el bautismo. Aunque Cristo nace también para ellos, ni lo conocen, ni lo agradecen. En sus pensamientos y en su corazón, viven muy lejos de la navidad. ¿No os da todo ésto que pensar?

Los cristianos, aunque estamos incorporados a Cristo por el bautismo y creemos en El, no somos sin embargo perfectamente unos en la fe, en la vida y en el régimen recibidos del Maestro. Hay entre nosotros múltiples y dolorosas divisiones.

Universidad Pontificia de Salamanca

Todos admitimos y celebramos la Navidad, leemos los mismos relatos del Evangelio y adoramos a Cristo como Dios y Salvador nuestro; pero cada uno *a su modo,* sin aquella concordia y unidad que El quiere para todos.

Católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes llevamos ante el Niño-Dios nuestras diferencias dogmáticas, disciplinarias y cultuales. Algunos años la noche de Navidad hubo en la misma gruta de Belén altercados y discordias entre los fieles de distintas confesiones cristianas. ¡Qué lejos aún de formar una sola familia, *perfectamente una,* en torno a la cuna, donde reposa y sufre, como Niño, nuestra Cabeza!

Muchos, dominados por el pecado, el materialismo y la rutina de la vida, tanto entre los católicos como entre los no-católicos, aunque se dicen cristianos, no dan el verdadero sentido *religioso* y *sobrenatural* a la Navidad. La celebran solo de un modo natural y profano, como si se tratara de una simple fiesta mundana. Por sus mentes, a penas, si cruza algo de adoración y gratitud para Dios que nace por nuestra salvación.

Entre los *justos,* que se esfuerzan por recibir a Cristo en sus corazones y comulgar con sus sentimientos, ¡cuántas deficiencias habrá también! Pues ¿quién puede estar seguro de que responde plenamente a las exigencias de la gracia, y se incorpora o recapitula cuanto puede en Cristo, naciendo con El a una vida más de Dios?

Frente a esta doble realidad —gozosa y triste a la vez— de Cristo, por un lado, que nace para integrarnos en la unidad de su Cuerpo Místico; y de la humanidad, por otro lado, que está todavía tan dividida y alejada de Cristo, *nuestra primera e ineludible obligación,* al celebrar la Navidad, es *pedir los unos por los otros.* La oración por la unidad está en la raíz de toda celebración de los misterios navideños. Si Cristo nace para hacernos uno a todos los hombres y los hombres aún no estamos perfectamente unidos en Cristo, nosotros, los incorporados como miembros vivos a Cristo, debemos sentir con El el gozo de que nos viene a unir y el dolor de que aún estamos tan divididos, y pedirle, con toda el alma, la unión perfecta de todos los separados. Si le amamos, debemos desear que todos los hombres le estén perfectamente unidos, para que se logre el fin de su nacimiento. De este dolor y este deseo brotará insistente, profunda y confiada la oración por la unidad. Hagásmosla intensa y reiterada durante la celebración de es-

Universidad Pontificia de Salamanca

tas navidades, para entrar en la más fuerte exigencia de la espiritualidad navideña. Quien al adorar a Cristo-Niño, no desea ni pide la unión perfecta de todos en El, no participa del verdadero espíritu de la Navidad. El pesebre de Belén debe ser para todos *un foco de atracción y unidad.* Pidámoslo con fe.

La comunión con los otros.

Pero para vivir en toda su plenitud el sentido ecuménico de la Navidad, no basta orar por los hermanos separados, pidiendo la unión perfecta de todos en Cristo; es preciso, además, *entrar en comunión con ellos.*

Aunque la Navidad pone de relieve la división de los hombres y los cristianos, en ella, sin embargo, hay también *una cierta unión de todos.* No todos hemos alcanzado la plenitud de vida y unidad que nos trae; pero tendemos a ella por distintos caminos. Cristo, Reconciliador de todos, con su nacimiento, no sólo nos ha incorporado, de derecho, en sí mismo como Cabeza, sino que también ha empezado a unirnos a todos, de hecho, en su Cuerpo Místico como miembros, hasta que nos consume en la plena unidad de la gloria en la celestial Jerusalén. En torno a su cuna de Niño —centro de todos los corazones— todos los hombres, principalmente los cristianos, convergemos y convenimos *en algo.*

En las religiones no cristianas, se percibe como *una vaga esperanza* de redención y *una inconsciente tendencia* a la unión con la divinidad, que, aunque no lo sepan, encuentra su realización y su plenitud en el nacimiento de Cristo, "en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas".

Los cristianos todos *aceptamos explícitamente* el misterio de la Navidad y *nos unimos* para celebrarla, aunque sea de distinta manera. Católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes, todos nos encontramos —cierto que cada uno a su modo—; pero ¡nos encontramos!, en Belén, en torno al Niño-Dios, para recibirle, adorarle y protestarle nuestra fidelidad. Todavía no es la plena unión que El desea; pero es hermoso y sumamente consolador, saber que todos los cristianos celebramos, más o menos, con los mismos sentimientos de fe, de amor, de adoración y de entrega el mismo misterio navideño, postrándonos ante el Niño-Dios, nuestro único Salvador.

Esta concordia y coincidencia en torno a la gruta de Belén es lo que *postula* y *permite nuestra mutua comunión.* Para

Universidad Pontificia de Salamanca

conseguir la plena unidad que Cristo viene a instaurar, no basta orar intensamente por ella; es necesario también, con necesidad de medio, VIVIR JUNTOS todo aquello que nos une y tratar de SUPERAR TAMBIEN JUNTOS todo aquello que nos divide. Es este el aspecto más profundo y más difícil, pero no menos necesario, de ecumenismo. Implica no sólo una nueva intención que se añade a nuestras oraciones, sino también un nuevo modo de espiritualidad que afecta subjetivamente a toda nuestra vida.

Si, pues, todos los cristianos —católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes— *convenimos de alguna manera* en celerar la Navidad, para vivir todo su sentido ecuménico y contribuir a realizar la plena unidad a que Cristo nos llama, además de orar los unos por los otros, es preciso que la celebremos *los unos en comunión con los otros,* adorando y cantando *juntos,* al menos en espíritu, todo lo que podamos.

Para lograr esta comunión con los hermanos separados, no se requiere organizar *una celebración mixta* de la Navidad. Esto no es ni factible ni asequible a todos. Es suficiente la intención y la actitud interior del alma. La fe y la caridad son supraespaciales y nos unen donde quiera que estemos.

Demos, pues, esta *dimensión ecuménica* a nuestra celebración de la navidad. Durante estos días navideños, pidamos mucho por nuestros hermanos separados y convivamos en comunión con ellos estos misterios. Adoremos al Niño-Dios *por* y *con* nuestros hermanos separados: ofreciendo *nuestra* adoración *por ellos,* para que reciban la luz y la vida que les haga falta; y ofreciendo también *su* adoración *con ellos,* para que todos alcancemos la plenitud de gracia y de verdad, que nos viene de Cristo. Tengamos en todos nuestros actos de Navidad esta profunda actitud de comunión con todos, para hacerlo todo en lugar de ellos, por ellos y con ellos. De esta forma, nuestra Navidad será *verdaderamente ecuménica.*

Con la Virgen-Madre

La primera con quien ha de verificarse esta oración y esta comunión es *la Virgen María,* Madre de Cristo y Madre nuestra. Con Ella nuestra celebración ecuménica de la Navidad adquiere una especial eficacia.

Al nacer virginalmente su Hijo, María fue *la primera en pedirle* la perfecta incorporación de todos los hombres *y ado-*

Universidad Pontificia de Salamanca

rarle en misteriosa y real comunión con todos. Consciente de la gran misión suya y de su Hijo, nos le dio *para* todos y le sirvió, con entrañable amor de Madre, *en lugar* y *en favor* de todos.

Pero María no sólo ora por todos y vive estos misterios en unión con todos, sino que también *coopera* a que todos los hombres nos unamos perfectamente con Cristo-Cabeza. Toda su función maternal y toda su vida personal de eximia santidad contribuyen subordinadamente a la constitución y perfección del único Cuerpo Místico de su Hijo. Como Madre, no sólo nos da a Cristo, sino que *nos regenera* y *nos une* a todos en Cristo.

En estos misterios de Navidad, su figura de Virgen-Madre ocupa *un puesto central.* Los hombres y los cristianos todos —no sólo los católicos y ortodoxos, sino también los anglicanos y protestantes—, al converger en Belén y adorar a Cristo-Niño, necesariamente nos encontramos también, como los pastores y los magos del Oriente, con Ella: con sus virtudes y su misión maternal. El Niño-Dios, nuestro Salvador, reposa, para todos, *en sus brazos* de Madre. En la Navidad es imposible verle a El *sin* Ella.

Todo esto es para nosotros *ejemplo* y *auxilio.* Debemos celebrar la Navidad *como* y *con* la Virgen María: orando por la unión de todos y adorando en comunión con todos; pero apoyando nuestra plegaria y nuestra alabanza en sus méritos y en su acción de Madre. Participemos de sus sentimientos, para estar más cerca de Cristo. Pidámosle a Cristo, por su mediación de Madre, la unión perfecta de todos, y ofrezcámosle también por medio de Ella, la adoración nuestra y de todos sus hijos, nuestros hermanos, par que alcance hacer de todos nosotros *un solo Hijo suyo*: EL CRISTO TOTAL.

Universidad Pontificia de Salamanca